

DANIEL CORPAS HANSEN

LA SOLEDAD DEL CAIMÁN



“La historia me absolverá”

Fidel.

“Si la vida te da la espalda,

cógele el culo”

Dicho popular.

- Manguera y machete

“¡¡¡Hola, *hello, ciao, bonjour, olá, hallo, hej, privet, merhaba, áhlan!!!*
¡¡¡Bienvenidos a Cuba, amigos!!! ¿Buscan ustedes algo lindo que contar o sólo un taxi?”.

Si tienen suerte, el primer taxista ilegal que a la salida del aeropuerto internacional José Martí les aborde salmodiando las excelencias de su servicio será el inefable Charly. No se asusten de la batahola de aromas desconocidos, ni de la densidad de la atmósfera, el peso aplastante del aire; es sólo humedad, gotas de agua en suspensión. Tampoco se pongan en guardia ante la arrolladora oratoria de Charly: muy en el fondo es una persona tímida e introvertida, condición que en un país tan jaranero como Cuba equivale poco menos que a una minusvalía. No obstante, a fin de captar clientela estará dispuesto a gritar como el que más en la turbamulta que asedia al desprevenido turista nada más salir de la terminal. Déjense pues pescar por el garfio de su amabilidad, una simpatía que no es mendaz, como la de casi todos los demás, sino sincera. Eso sí, además de contra el dengue, el tifus y la fiebre amarilla, vacúnense si fuere necesario contra sus formidables aptitudes comerciales, y bajo ningún concepto le compren una caja de Cohibas Lanceros.

Más que por su edad, del todo indefinida, o por su complexión —parca, compacta, nervuda— le reconocerán por un corte de pelo cuartelario que trata de disciplinar unos cabellos grises y recios como cerdas, y que le manan a espuestas tupiéndole el cráneo desde la mitad de la frente hasta el cogote. Debajo de semejante felpudo, su rostro es una pieza de cuero repujado en la que cada arruga, cada cicatriz, parecen primorosamente trabajadas, y en la que destellan dos pedruscos celestes que encierran innumerables cosas, la mitad buenas, la mitad malas, todas verdad.

Si aún tienen dudas a la hora de identificarlo, fíjense en sus antebrazos nudosos. La fuerza agazapada en ellos —y en las fibras del torso que, tirantes,

se vislumbran bajo la guayabera blanca— contrarrestan de largo su menuda estatura. Es, por lo demás, una parte de su cuerpo que siempre suele estar a la vista, pues él sólo usa polos y camisas de manga corta, como la susodicha guayabera, y ello debido a su maniática repulsión al sudor, que roza la fobia y, como habitante del trópico, condiciona de un modo leonino su existencia cotidiana.

Tal vez lo vean aleteando con los brazos para airearse la sobaquera. Cabe la posibilidad incluso de que, entre un cigarrillo y otro, o justo después de piropear a una dama que pasaba, desenvaine su ventilador a pilas y proceda solapadamente a ahuyentar el sudor de sus axilas mediante un pequeño huracán artificial. Entonces sabrán a ciencia cierta que es él.

Y si no, insisto, los antebrazos, no hay margen de error: dos pinzas cubiertas por un galimatías de arabescos, una maraña de tatuajes añil cuyo significado sólo él podría desentrañar, en el caso improbable de que quisiera hacerlo. Charly es, en síntesis, uno de esos tipos bajitos y ponderados a los que un sexto sentido te dice que no quieres ver perdiendo los estribos.

Así que háganle caso, vayan con él, síganle. Cuando hayan conseguido embutirse en el asiento trasero de su diminuto Moscovich, utilitario comunista por antonomasia, réplica espartana de ese prodigioso cochecito que en el circo regurgita una inacabable serpentina de payasos, relájense y disfruten del verbo acompasado de Charly, de sus maneras de conversador sibarita excepcionalmente dotado (y no sólo) para la narrativa oral.

Antes de introducir la llave en el contacto ya les habrá contado que él en realidad es ingeniero titulado, casi una eminencia en el campo de la energía termoeléctrica, que incluso allá por los setenta pasó varios años en la extinta URSS en virtud de algún programa fraterno de intercambio de técnicos, pero que, claro, ahora la situación obliga a ganarse la vida de cualquier otra manera. De sus labios conocerán coletillas recurrentes que en días sucesivos oirán por doquier, como “el cubano inventa” o “esto no es fácil”. Les hablará cual erudito de la historia de Cuba, del cacique taíno Habaguanex, del que deriva el topónimo “Habana”, o de Luis Mazzantini, un matador dandi, señorito y para más inri de Elgóibar, cuyo éxito fue tal en los ruedos y los lechos de La Habana

decimonónica que aún hoy se usa la expresión “eso no lo mejora ni Mazzantini el torero”.

Les contará, en definitiva, cuanta anécdota sea invocada por el discurrir de su propio soliloquio, que inevitablemente desembocará en lo de siempre, la ardua coyuntura socioeconómica del país, de la que, sin mojarse en materia política porque no le interesa, les ofrecerá un certero y funcional croquis. Sólo para que comprendan un poquito dónde se están metiendo.

Y todo ello mientras un verdor agresivo, ribeteado de luciérnagas y frutas inimaginables, se despliega casi en cascada hasta donde alcanza la vista; y de pronto les adelanta por la derecha un coche que debería estar en un museo y no en la carretera, un Plymouth Belvedere, o un Tucker Sedan, o un Cadillac Eldorado, una antigualla que se cae a pedazos, una cafetera que tose, chirría y sigue rodando en virtud de horas diarias de mantenimiento y un pacto con el diablo. Y alguien les saluda con un bocinazo al tiempo que ustedes asisten a su primer atardecer a orillas del Caribe, que, se lo prometo, jamás olvidarán.

Tras esquivar a una vaca que trashuma en plena autopista, Charly les advertirá a qué changarros del barrio chino no acudir aunque uno esté a punto de desfallecer, y en qué sitios se puede pedir el violento ron chispitren (su favorito) sin temor a quedarse ciego; también les informará sobre las librerías mejor aprovisionadas y los genuinos templos del latin-jazz; y les explicará con gesto pícaro por qué en Cuba se dice fruta bomba y nunca papaya, y cuál es el chiste o la canción que está pegando en la ciudad, y por qué lleva colgado un CD virgen del espejo retrovisor, última ocurrencia del kitsch habanero; e, importante, qué es una paladar, esos restaurantes bajo cuerda, secretos, familiares, que aprovechan el limbo jurídico para dar de comer a los turistas en el dormitorio del abuelo; no en vano “el cubano inventa”... Seguidamente, en parte porque es la más fiable, en parte porque rasca una comisioncita, recomendará la paladar de su amiga Juana la cubana, aunque, apostilla, “nadie hace la ropavieja ni el arroz congrí como mi santa madre”.

Y entonces, cuando ya el cochecito de juguete esté entrando a La Habana, que a la luz declinante del crepúsculo les parecerá un animal dormido que pronto va a despertar hambriento, Charly les preguntará para qué tanta prisa por llegar a

ese hotel caro y aburrido que han contratado, y les invitará a cenar a su casa, y ustedes no atinarán a decir que no.

El barrio de Charly, Colón, la trastienda del Malecón, si bien céntrico y excelentemente ubicado, les supondrá un shock. Tardarán varios minutos en desprenderse de la sensación de estar en Sarajevo, Bagdad, o cualquier otro escenario fantasmagórico devastado por las bombas. Con la sonrisa de “todo va bien” labrada en la cara como a pinchazos de botox, tratarán de templar los nervios recordando las fotografías que incluía el folleto de la agencia de viajes, rebosantes de color y alegría, y que en última instancia les hicieron decantarse por Cuba en detrimento del sudeste asiático, tan evanescente e inasible.

Llegados a este punto, sin embargo, a la hora de doblar por Crespo para enfilear San Lázaro, la oscuridad de la calle les resultará escalofriante, así como los ruidos invisibles, el fluir de otra rutina diferente y por tanto hostil, que parece emboscarse en cada jirón de sombra, presta a saltar sobre ustedes, extranjeros débilmente protegidos por el cono que proyecta el finísimo filamento de una bombilla. Y más allá los cuchicheos, las miradas sinuosas, los perros raquícos que se despellejan, la noche prieta en coagulación con la que los negros de piel charolada se mimetizan como si fuesen la misma cosa, de forma que sólo se les ve la dentadura, igual que al risueño e intrigante gato de Cheshire, en Alicia en el país de las maravillas. Así que yo, si fuera ustedes, me agarraría bien fuerte a la estela de Charly y le pediría prestado su pequeño cacharrito para ventilarme, porque el miedo huele. Apesta.

Tras trepar por una escalera que es el mal, una vez arriba y a salvo, les será difícil encubrir el trastorno causado por tanta pobreza, más conmovedora si cabe debido a la limpieza imperante. Lo que se denomina una miseria airosa en su austera sencillez. La lepra de las paredes, el azogue de los espejos devorado por la humedad, las baldosas cuarteadas, el butrón del techo que deja escapar el gluglú de las palomas, los calambrazos repartidos con equidad maoísta (nadie se libra) por un vetusto y descascarillado frigorífico chino... Y a pesar de todo esto, ustedes tendrán que seguir sonriendo, con la inestimable colaboración, eso sí, de doña Milagros, la mamá de Charly, una señora entrañable que con su calidez y hospitalidad, y su risa fácil de niña mala, hará

honor a su nombre logrando que ustedes empiecen a desentumecerse y a sentirse un poco más cómodos, menos agarrotados.

Por increíble que suene, después de un festín a base de tostones de plátano frito, viandas (malanga, yuca, ñame, ají, quimbombó), picadillo, moros y cristianos, carne de puerco asada y varios lingotazos de aguardiente, ustedes comenzarán a entender las reglas del juego, a percibir la melodía que subyace en sordina bajo lo aparente. Al fin y al cabo, el extranjero tiende a ver sólo lo que conoce. Y ustedes, mal que bien, van conociendo.

Así que, achispados, arrinconarán en su mente la funesta primera impresión y se entregarán a una repentina y embriagadora sabrosura que les desordena los sentidos; porque les apetece, y un poco porque se sienten obligados, propondrán cortésmente bajar a tomar algo. Y Charly aceptará encantado, antes de acicalarse con esmero gatuno y sustituir la guayabera blanca por una amarillo limón.

De regreso a la calle San Lázaro, lo verán todo con otros ojos, y ya no creerán que la noche, en complot con un calor satánico, les busca la garganta para estrangularles. Ustedes no lo sabrán pero habrán empezado, tras medir la temperatura con un cauto dedo gordo, a dejarse llevar por la corriente, que les mece y les transporta por calle Águila hasta el celeberrimo Malecón, que al principio les defraudará. En una negrura de luna dimitida sólo alcanzarán a distinguir a un grupo de gente reunida en torno a una botella y una guitarra, y unos pocos metros más allá, sobre el mismo poyete, el contorno de una pareja acoplada en ondulante movimiento, que, oh, dios, parece estar... No, pero no puede ser, aunque en el fondo ustedes saben que sí. Por pudor no harán mención al respecto y sugerirán cambiar de acera para buscar un bar o sucedáneo. Charly, al que el aguardiente ha vuelto silencioso, les conducirá al chiringuito más cercano.

Nada más ocupar una de las mesitas de plástico, serán horadados por la mirada punzante de los gallitos del barrio, aspirantes a amos de la calle, chiquillos de gesto pendenciero y ropa demasiado holgada con la que intentan emular a sus ídolos, los *gangsta rapers* estadounidenses; fumando cualquier cosa y oyendo reggaetón, desparramados sobre el capó de un Chevrolet

Impala del 52, ríen a coro las obscenidades que propinan a las jineteras que salen en chanclas y mallas a la caza del yuma, vestidas con colores chillones, desacertados, que parecen combinados por un daltónico; ellas les rebotan el insulto arrojando basura por la boca y ellos vuelven a reír y a chocar sus manos como en la tele, antes de reenfocar toda su atención hacia ustedes, que al sentir de nuevo la mirada de la pandilla, fría y roma como una broca en la nuca, respirarán aliviados por la presencia de Charly, que por algún motivo goza de gran respeto y deferencia en el vecindario.

Después verán, aunque intentarán no hacerlo, extrañas parejas asincrónicas: viejo caucásico con sílfide mulata, vieja caucásica con adonis mulato, viejo con adonis, vieja con sílfide, incluso adonis con sílfide, pero estos últimos, sin un centavo en el bolsillo, probablemente estén un poco en la periferia, meros testigos del teatrillo de besuqueos y carantoñas. Ustedes asistirán también a cómo la comparecencia periódica y desganaada de la policía provoca una estampida, una reacción cíclica que fluctúa entre la descomposición y posterior síntesis de la molécula amorosa: cuando aparece la silueta uniformada, las parejas se escinden y el chiringuito se transforma en sala de espera; nadie conoce a nadie y todos son aves solitarias que miran al mar y beben para ahogar la pena e irrigar sus corazones desertizados. En cuanto la ley dobla la esquina, el amor renace y triunfa, como la primavera, y los novios ilógicos, radiantes por el reencuentro, se funden en un abrazo caramelizado que durará eternamente cinco minutos más, hasta que regrese la pasma o se acabe el dinero.

Y es que, como les explicará Charly, la relación entre nativo y turista está prohibida, pues no existe presunción de inocencia, no se baraja siquiera la opción de un amor o una amistad verdaderos, sino que se asume automáticamente que todo cubano o cubana que camine junto a un extranjero está esquilmandole, sacando provecho de alguna forma ilícita, prostituyéndose, o en un término que lo engloba todo, jineteando, lo que puede dar con sus huesos en el calabozo.

Ustedes se mostrarán civilizadamente escandalizados por una ley tan abusiva, digna de los nazis (aunque en un par de días, según les trate la vieja Habana,

quizá agradezcan que alguien la promulgara). Charly niega con la cabeza, como si tampoco le cupiera en las entendederas, y deja caer que no hay desaguizado que no recomponga un buen chispazo de ron. Ustedes, sintiéndose, recuerden, en deuda, se levantarán como muelles e irán a la barra, donde, ojo, tendrán que elegir muy cuidadosamente lo que van a pedir.

Porque si le convidan a un roncito añejo, de cinco o siete años, un Havana club, por ejemplo, él se pondrá de buen humor y, a la tercera copa, que se tomará sola, sin hielo ni ligue, les relatará con hilarante maestría las aventuras y desventuras de un pobre perito cubano en la Unión Soviética de Brezhnev, su brincar nómada de una estación hidroeléctrica a una central térmica, de la estepa calmuca a las repúblicas bálticas, del Mar Caspio a la península de Kamchatka pasando por Múrmansk, Arkángel, Nizhny Novgorod y un sinfín de lugares que se hacían en una memoria que ya no da abasto, y de allí a Yakutia, donde, como bien dijo Shalámov, se loía al señor cuando el termómetro sube a treinta grados bajo cero. Embobados, le escucharán hablar de cómo recorrió de una punta a otra aquella patria infinita a la que ya se le iban reventando los costurones; y de cómo todo ese zarandeo tuvo un sentido y un propósito el día que, en las más gris de las fábricas, conoció a Ludmila Sergueievna Popova, Mila, su gran amor.

Evidentemente ustedes harán por tirarle de la lengua, querrán ahondar en este punto. Él agachará la mirada esbozando una sonrisa reticente. Al interpretar que remolonea, le invitarán a otra botella, y mientras la abre, Charly sorteará la cuestión y les compensará con un obsequio que es una joya: el cuento de aquella vez que, estando en Moscú, la embajada le adjudicó la misión de pasear por la Plaza Roja a dos camaradas, peces gordos del partido recién aterrizados de Cuba esa misma mañana. Charly aceptó, internamente contrariado, y llamó por teléfono al hotel en que se alojaban sus paisanos. Al citarse con uno de ellos, aumentó su fastidio por tener que perder el tiempo haciendo de guía a aquellos dos guajiros que nunca en su vida habían salido de Camagüey. Una cosa estaba clara (y Charly se regodeaba con malicia): los dos compadritos, que venían de la zona más cálida de la isla y por tanto estaban acostumbrados a vivir en una especie de baño turco permanente, iban a pasarla bien de pinga en pleno invierno moscovita. Ésos eran sus

pensamientos mientras ojeaba el Pravda en el interior de la cafetería, sentado junto a la cristalera sin perder de vista la puerta del local, punto exacto en el que había quedado con sus compatriotas.

Cuando pasaban 45 minutos de la hora estipulada aún no había rastro de los camagüeyanos. Charly tiró de paciencia hasta donde pudo y luego, con un enfado considerable, agarró el gastado chaquetón de astracán y salió a la calle para llamar al hotel, al embajador y hasta a Fidel, si hiciese falta. Nada más encasquetarse su indispensable *shapka-ushanka*, reparó en dos fardos informes clavados en la nieve de la acera, como gruesas alfombras persas con pies, momias estampadas en flores y guirnaldas, tuaregs terriblemente helados y perdidos. La extravagancia de la imagen formada por aquellas dos figuras que, envueltas en capas y más capas de tela, pateaban el suelo para no perder los dedos por congelación, azotó a Charly con la misma fuerza que las cuchilladas de viento.

Por eso no entendió nada hasta que la mirada embozada de una de las criaturas se cruzó con la suya, y vio que los poquísimos centímetros cuadrados de piel que asomaban por la rendija del absurdo pasamontañas de toallas, eran negros.

A toda prisa empujó a los pobres guajiros hacia el calor de la cafetería, donde los sacó del ridículo disfraz de emplastos, literalmente, desenrollándolos sobre la moqueta. Los amoratados mulatones, entre tiriteras, castañeteo de dientes y chupitos de vodka, explicaron que era tal el frío que tenían que no se les había ocurrido otra cosa que abrigarse con todo lo que encontraron en la habitación susceptible de dar un poco de calorcito: toallas, sábanas, colchas, fundas de almohada, incluso las cortinas floreadas, que en su gélida desesperación habían arrancado de las anillas para usarlas a modo de capa. “Nos volvemos pa’ Cuba, asere”, repetían, con cara de susto y las nalgas bien apretaditas contra el radiador, mientras el personal y los demás parroquianos miraban sin dar crédito.

A estas alturas, presumiblemente, sus carcajadas resonarán en la noche Habanera y se habrán olvidado de Mila. El ambiente será de lo más distendido, hasta el punto de que, alentado por la enésima copita, Charly, de repente, les

felicitará por su perspicacia al no haberle comprado la caja de habanos y, como un niño que ha perpetrado una travesura, pedirá perdón por el cuasi fraude. Ante su confusión, les desvelará una de las argucias con las que se busca las habichuelas aparte del taxi: el timo endémico de la caja de puros, que si bien por fuera parece auténtica, por dentro sólo contiene virutas y picadura de tabaco de ínfima calidad. La inofensiva bribonada de Charly, que al fin y al cabo explota la necesidad de unos turistas con más dólares que luces, les hará sonreír con indulgencia, y apurarán entre todos la penúltima botella para celebrar el alba de una bonita y prometedora amistad.

Y todo esto, conste, en lo que respecta exclusivamente al añejo, que siempre ha sido un benévolo emoliente para los callos que Charly, como cualquier hombre que se precie, tiene en el alma. Pero la cosa sería bien distinta si le invitasen a un patacruzado, ron peleón color orina que ni siquiera viene en botella si no en cartón de tetrabrik. En este caso tendrán la sensación, ya desde los primeros sorbos, de que el talante de su taxista se torna melancólico; que sus azulísimos ojos vagan hacia dentro por algún lejano horizonte interior.

Su biografía, del mismo modo, se les hará un poco más sórdida, y a él le sentará de pronto como un traje manchado que además de quedarle estrecho le agobia, en parte porque ahora su sonrisa parece una mueca, en parte porque a la hora de resucitar su periplo soviético, en lugar del recuerdo de los ateridos camagüeyanos, lo que se le viene instantáneamente a la mente es el desprecio de los rusos, sus risas altaneras, y sobre todo la batalla campal que se armó en la cantina un domingo por la noche cuando estaba tomando cerveza con unos amigos cubanos y desde la mesa de al lado le llegó un salivazo, el gargajo que un letón borracho e inmenso le plantó en el occipucio por pura diversión.

Charly replicó estrellándole la jarra de cerveza en la cara, lo que supuso el pitido inicial para una auténtica pelea de *saloon*, un duelo sanguinolento en el que cada bando puso en práctica sus diferentes estilos pugilísticos, tan antagónicos como sus modos de concebir el mundo y la vida: danzarín, gozador y preciosista, el de los caribeños; rocoso y encajador, el de los toscos eslavos, resistentes hasta lo sobrehumano, capaces de absorber como por

ósmosis los golpes más brutales, incluidos los furiosos uppercuts de Charly, renombrado campeón juvenil de peso wélter.

En qué devino tan cruento choque cultural nunca lo sabrán, pues él, con la lengua cada vez más espesa, saltará inconexo hacia otros temas, como sus esponsales proletarios con Mila, una unión de lo más soviética, valga la redundancia, refrendada a posteriori por una extraña ceremonia, más que íntima subrepticia, en la que un *stárets*, especie de Rasputín, de derviche, de santón ocultamente venerado pese al ateísmo institucional, los bendijo ante la presencia muda de un icono ortodoxo de Santa Olga de Kiev, que en la familia de Mila llevaba pasando de madre a hija desde tiempo inmemorial, y al que se atribuían propiedades mágicas porque un buen día alguna tatarabuela senil creyó verlo sudar.

Y hablando de sudor, el continuo ronroneo del ventiladorcito acompañará de ahora en adelante las palabras trabadas de Charly, que no suelta el cartón de ron y le asesta un buche tras otro mientras rememora los años luz de papeleo que tuvo que cumplimentar a fin de poder sacar a su amada de una utopía comunista para llevársela a otra utopía comunista y, para colmo, tropical. Cuando a él por fin le dieron permiso para regresar a Cuba, ambos se subieron a un barco que zarpó de Leningrado para dejarles en La Habana justo tres semanas después, tres semanas de felicidad álgida, veintiuna noches agotadoras de poco sueño y mucho amor, veintiún días tumbados en cubierta haciendo planes y tomando el sol. “Parecía una mulatica, cuando llegamos”, recordará Charly, con una sonrisa en la que sólo hay tristeza y una pizca de resquemor, sólo una pizca, pero muy presente, igual que una especia de fuerte sabor que acaba por apoderarse de todo el plato.

Y seguirá hurgando en su borrachera, y a base de barboteos incoherentes les contará, aunque más bien serán ustedes los que irán montando el puzzle, que los problemas y las discusiones empezaron pronto, porque de entrada el dichoso icono no quedaba bien en el nuevo altar doméstico, y no porque Santa Olga sudara sino porque parecía frígida al lado de Ochún y Obatalá; a la que sí que le dio por sudar, y de qué manera, fue a Mila, al parecer a todos los rusos les pasa, por culpa de la plasta, o la dieta, cubana, sus cuerpos reaccionan así,

sudando a chorros, y aquel olor, madre mía, a chivo, a las empanadas de col y cebolla que ella le cocinaba cuando eran tortolitos y cuyo recuerdo de repente le producía náuseas. También le dio, a la dulce Mila, por pasarse las horas en la esquina charlando con un negro cimarrón y malparido que arreglaba ponches y sudaba como un cerdo, igual que ella; “a lo mejor sólo hablaban de eso, de sudor”, reirá Charly, de un modo perturbador.

En cualquier caso no alcanzó a averiguarlo, porque justo entonces, en el momento más inoportuno (como lo son todos para una cosa así) se vio, en su condición de reservista, enviado a la guerra civil de Angola, un bosquejo de país que no hubiera sabido ni situar en el mapa y por el que ahora tenía que batirse contra una plétora de siglas, FLEC, FNLA, UNITA, las terribles tribus de siempre que en un alarde de modernidad habían sustituido la pedrada en la cabeza por el más democrático Kaláshnikov.

Ustedes, obviamente, estarán en vilo y se morirán por indagar, por saber cómo termina la historia, pero hay algo en la cara de Charly que desaconseja preguntar, o quizá sea la forma en que se le tensa el sarmiento de los antebrazos, bien por celos retroactivos, bien por el recuerdo de la guerra, bien por un pastiche de ambos. Es como si sus tatuajes hubiesen comenzado a latir, ansiosos por participar en una conversación a la que tal vez tendrían mucho que aportar. Entonces ustedes volverán a estremecerse, debido a esa vaga sensación de que algo malo va a ocurrir, y sugerirán finiquitar la velada con la excusa del cansancio y el jet-lag. Charly asentirá, exprimirá el cartón de Patacruzado y, trazando alguna que otra ese, echará a caminar en dirección a casa sin pronunciar una sola palabra.

Pero sería peor, más impactante, más rápido, o simplemente diferente, si, ignorando el añejo, el patacruzado y el sentido común, le dan de beber su querido ron chispitren, un brebaje baratísimo y maléfico, destilado en sótanos y cocinas, que los cantineros avispados esconden en una jarra de plástico bajo el mostrador y escancian en latas de refresco serradas por la mitad, de manera que además de la cordura también puede uno cortarse los labios. Pero él no, Charly es un experto, y con un solo fogonazo de ron, que le cae como una granada en el gáznate, se largará a hablar, y no hará falta que le den pábulo.

Eso sí, nada de anécdotas, esta vez irá directo al grano, y por mucho que ustedes se tapen los oídos les seguirá ilustrando con pelos y señales acerca de la cantidad de cosas que se puede hacer con un machete cuando la guerra y la selva anulan todas las reglas; y les explicará pormenorizadamente cómo los guerreros enemigos sometieron el cadáver del soldado Zavala, un muchacho blanquito y enclenque oriundo de Cienfuegos, a un meticuloso proceso de sodomía ritual; y les contará que sus tatuajes son muescas que significan muerte, muerte vista y muerte dispensada, y lo nervioso que le ponían a su vuelta a casa el hedor de Mila y la mirada límpida y devota de Santa Olga de Kiev, por lo que un día, inspirado sin ir más lejos por el chispitren, rompió la maldita tabla de madera en el cráneo de su mujer, cansado de que las dos le juzgaran calladamente.

Y no sólo porque estuviera ebrio, o porque el olor de Mila le recordara al de la carne quemada, o porque Santa Olga lo mirase raro; sino porque a su regreso de la guerra había no uno sino dos bebés marrones con los ojos de Mila, dos pequeños mellizos sudorosos e hijos de puta en todo el sentido de la expresión. Y Charly, con el ventiladorcito hincado en la axila, confesará que ya nunca pudo extirparse del pensamiento la imagen de dos cuerpos sudando, supurando, segregando, revolcándose en serosidades mutuas; la imagen de un negro malparido dándole por el culo a Mila con el mismo tesón con que los africanos le habían dado bien por el culo al pobre Zavalita.

Y para terminar, en la cúspide de la melopea, Charly tendrá una idea: dar un paseo en coche. A pesar de que su mirada es como una chimenea obturada de hollín, y de que ya no alcanzan a discernir si le temen más a él o a lo que sería de ustedes en esas calles si no estuviera, le seguirán en su andar patizambo a través de la noche hasta el Moscovich, fundamentalmente porque han caído presos de la erótica del abismo, y no pueden ni quieren dejar de contemplar en asientos de primera fila la completa desintegración de otro ser humano.

Y una vez en el coche, si tienen suerte y va suficientemente cargado de chispitren, Charly desenfundará su monstruosa masculinidad y les mostrará el más laureado de sus trucos, consistente en hacer un nudo con el pene alrededor del volante. Después se echará a llorar, porque ni con semejante

machete fue capaz de ahuyentar a los fantasmas, ni con semejante manguera fue capaz de regar el amor de Mila, que terminó, claro está, por irse a sudar con el negro.

Y uncido a su taxi a través de la verga, seguirá llorando desconsolado, porque todo, absolutamente todo, está hecho un gran lío, y no hay forma humana de deshacer el entuerto. Y ustedes sentirán, gracias a los vellos erizados del cuello, que alguien, de alguna manera, les está dando la bienvenida a esta islita tan particular.

Repito: si tienen suerte, sólo si tienen suerte.